

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

27

JULIO-SEPTIEMBRE

1947

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. SALVADOR ZUBIRÁN

Secretario General:

FRANCISCO GONZÁLEZ CASTRO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL.

DIRECTOR-FUNDADOR:
Eduardo García Máynez

Correspondencia y canje a Rivera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior	dls. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

Sumario

ARTICULOS

		Página
Gregorio López López	<i>En pos de una filosofía zapoteca</i>	9
Rafael Moreno M.	<i>La filosofía en la Nueva España</i>	21
Bernabé Navarro Barajas	<i>Un Siglo de Oro en México</i>	43
Leopoldo Zea	<i>La filosofía mexicana en el siglo XIX</i>	61
Juan Hernández Luna	<i>La filosofía contemporánea en México</i>	89
Francisco Monterde	<i>La dignidad en Don Quijote</i>	115
Salvador Toscano	<i>Los romances viejos en México en el siglo XVI y un romance anónimo a Cortés</i>	127
Agustín Yáñez	<i>Santa Anna y la guerra con Estados Unidos</i>	133

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

José Ferrater Mora	<i>El pensamiento de lengua española. Filosofía de la filosofía e historia de la filosofía.</i> (José Gaos.)	161
Juan David García Bacca	<i>La polémica entre Croce y Gentile. Un diálogo filosófico.</i> (Patrick Romanell.)	163
Juan David García Bacca	<i>Naturaleza, historia, Dios.</i> (X. Zubiri.)	165
Juan David García Bacca	<i>Esquisse d'une théorie des émotions. Actualités scientifiques et industrielles.</i> (J. P. Sartre.)	170
Luis Villoro	<i>Filosofía de la Conquista.</i> (Silvio Zavala.)	173
Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.—J. H. Luna		177
Notas y noticias de América.—R. H. Valle		183
Publicaciones recibidas		203
Registro de revistas		204

LA FILOSOFIA MEXICANA EN EL SIGLO XIX

I. *El problema de la emancipación mental*

México, al igual que el resto de los países hispanoamericanos, una vez lograda la emancipación política frente al gobierno español, se dió cuenta de que tal independencia no era suficiente. El orden impuesto por los caudillos de la emancipación política iba a diferenciarse bien poco del orden establecido por el Imperio Español. Todo se reducía a un simple cambio de poder: el criollo substituía al señor peninsular. el *status* social continuaba en la misma forma como lo había dejado la Colonia. El clero y la milicia continuaban gozando de los mismos privilegios. El uno mantenía su derecho a gobernar la mente de los mexicanos; la otra el cuerpo.

Tal cosa sentían todos los hispanoamericanos. Andrés Bello (1781-1865), pensador venezolano, decía: "Arrancamos el cetro al monarca, pero no al espíritu español: nuestros congresos obedecieron, sin sentirlo, a inspiraciones góticas... nuestros guerreros, adheridos a un fuero especial que está en pugna con el principio de la igualdad ante la ley, revelan el dominio de las ideas de esa misma España cuyas banderas hollaron." La idea democrática que acompañó la bandera de los libertadores no tenía aún pleno sentido en la mentalidad de los hispanoamericanos. La Revolución sudamericana —decía el argentino Domingo Sarmiento (1811-1878— no fué movida sino por "el indurable deseo de aprovechar una ocasión propicia para substituir la administración peninsular por la administración local". Y Juan Bautista Alberdi (1810-1884) comparaba la independencia hispanoamericana con la independencia de los Estados Unidos diciendo: "Los americanos del Norte no cantan a la libertad pero la practican en silencio." "La libertad para ellos no es una *deidad*, es una

herramienta ordinaria como la barreta y el martillo." "San Martín, Bolívar, Sucre, O'Higgins . . . entendieron la libertad americana a la *española*, la hicieron consistir toda entera en la independencia de los nuevos estados respecto de España . . ." "Washington y sus contemporáneos no estuvieron en ese caso, sino en el caso opuesto. Ellos conocían mejor la libertad individual que la independencia de su país."

España estaba así presente en todos los actos de los hispanoamericanos. Sus hábitos, costumbres, ideas y creencias estaban en sus mentes. Eran estos hábitos y costumbres los que los habían llevado, una vez emancipados políticamente, a una matanza inútil que llevaba ya varias décadas. Inútilmente luchaba la idea democrática, que los había acompañado como bandera, por adaptarse a un medio que le era hostil. El autoritarismo heredado de España sofocaba todos estos intentos. Las ideas que se enarbolaban en esta lucha fratricida no eran sino instrumentos para justificar poderosos impulsos de dominio político personal. Las ideas dejaban de ser referencias normativas y encarnaban en las personas de los caudillos que las enarbolaban.

Toda Hispanoamérica dividida en bandos que luchaban entre sí. En México eran los centralistas contra los federalistas; en la Argentina los unitarios contra los federales; en Chile pelucones contra pipiolos; y así en todo el resto. Pero venciese quien venciese eran siempre gobiernos personales los que se establecían. Unos, sin más, aspiraban al restablecimiento del orden colonial, sólo que el centro no lo iba a ser ya España, sino sus personas. Otros, los ilustrados, aspiraban a un gobierno democrático; pero para cuando el pueblo estuviese capacitado, mientras tanto un gobierno igualmente personal se encargaría de prepararlos. Los que se oponían a la centralización en nombre de la democracia no hacían sino defender otra de las formas de gobierno heredadas de la Colonia, el cacicazgo.

En nombre del pueblo y para su bien el Dr. José Gaspar Rodríguez Francia (1766-1840) imponía en el Paraguay una de las más crueles dictaduras que conoce la historia. En la Argentina Juan Manuel Rosas (1793-1877) enarbolando la bandera federalista, imponía otra histórica dictadura apoyada por los antiguos caciques de las provincias. En México, enarbolando unas veces la bandera de los federales y otra la de los centralistas, Antonio López de Santa Anna (1795-1877) imponía también una de las más nefastas dictaduras. Sólo dos dictaduras, la de Gabriel García Moreno (1821-1875) en el Ecuador y la de Diego Portales (1793-1837) en Chile

pretendieron sin ocultamientos el restablecimiento del orden colonial sin España; el primero estableciendo un gobierno personal con inspiración religiosa; el segundo un gobierno impersonal, apoyado en los mismos resortes psicológicos que habían hecho que durante varios siglos los hispanoamericanos obedeciesen maquinalmente, no al rey Carlos III o Carlos IV, sino simplemente al Rey, esto es, al gobierno.

España estaba así, bajo una diversidad de formas con las cuales se quería ocultarla, en la mente y hábitos de los hispanoamericanos. "Apenas terminada la revolución de independencia —dice el chileno José Victoriano Lastarria (1817-1888)— cuando naturalmente, por un efecto de las leyes de la sociedad, comenzó a abrirse paso la reacción del *espíritu colonial* y de los intereses que esa revolución había humillado. Los capitanes que la habían servido llevaban ese espíritu en su educación y en sus instintos." Y Sarmiento gritaba a su vez: "¡No os riáis, pueblos hispanoamericanos, al ver tanta degradación! ¡Mirad que sois españoles y la inquisición educó así a España! Esta enfermedad la traemos en la sangre." Urgía, era muy urgente, una nueva emancipación: la emancipación mental de los hispanoamericanos. Era menester arrancar desde sus raíces esos hábitos y costumbres heredados en la Colonia.

"La sociedad —decía Lastarria— tiene el deber de corregir la experiencia de sus antepasados para asegurar su porvenir." Ahora bien, —preguntaba— "¿acaso no necesita corrección la civilización que nos ha legado España? Debe reformarse completamente, porque ella es el extremo opuesto de la democracia que nos hemos planteado." Y el argentino Esteban Echeverría (1805-1851) decía: "La emancipación social americana sólo podrá conseguirse repudiando la herencia que nos dejó España." A esta tarea se habrían de entregar todos esos maestros y pensadores ya citados: Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Bello y Lastarria; así como el mexicano José María Luis Mora y el ecuatoriano Juan Montalvo y otros muchos más. El instrumento para lograr esta emancipación lo sería la educación. Era menester educar o, más certeramente, *reeducar*. Múltiples serían los instrumentos para reeducar a los hispanoamericanos: la cátedra o la prensa serían los principales. Se soñaba con formar un nuevo tipo de hombre.

Ahora bien, el modelo, conforme al cual habría que educar al nuevo hombre de Hispanoamérica lo iban a encontrar en los pueblos sajones: Inglaterra y los Estados Unidos; muy especialmente en el último. La

idea de progreso preconizada por los hispanoamericanos se encontraba simbolizada en un grado supremo en Norteamérica. Los colonizadores de Norteamérica, decía Sarmiento, organizaron la vida económica del país; los de Sudamérica sólo la explotaron en provecho de la Metrópoli. "Allá la raza conquistadora introdujo la virtud del trabajo; aquí se limitó a vegetar en la burocracia y el parasitismo." Una América había sido colonizada por los sajones, otra por latinos, aquí estaba el origen de la grandeza de la primera y de las desgracias de la segunda. Unos, llevados por el espíritu de la democracia; otros por el espíritu absolutista. Y Lastarria decía por su lado: "En el Norte, el pueblo era soberano de hecho y de derecho, y daba la ley y se administraba todos sus intereses por medio de sus representantes. En la América española no existía el pueblo, la sociedad estaba anulada y no vivía más que para la gloria y provecho de su soberano, de un señor absoluto, natural." La meta, el remedio para acabar con los males de Hispanoamérica lo señalaba con su acostumbrada violencia Sarmiento: "No detengamos a los Estados Unidos en su marcha . . . Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América como el mar es el océano. Seamos Estados Unidos."

II. *Transformación mental del mexicano*

En México, a la actitud de admiración de que son objeto los Estados Unidos en Hispanoamérica, se une la de desconfianza, como consecuencia de la guerra de 1847 con este país. Se siente débil e inferior frente al poderoso "Coloso del Norte". Esta debilidad e inferioridad la achaca también a su origen racial hispánico o latino. Se considera que México es un pueblo débil porque pertenece a una raza desordenada, anárquica e incapaz de organizarse para realizar obras semejantes a las que han hecho de Norteamérica un pueblo poderoso.

La raza latina es vista como una raza utopista, idealista y soñadora que sacrifica la realidad a los sueños. Una raza que desprecia todo esfuerzo material y prefiere mantenerse en el mundo de los idealismos sin fruto. Necesariamente, se concluye, los pueblos formados por esta raza tendrán que ser inferiores frente a pueblos con espíritu práctico como Inglaterra y los Estados Unidos. La historia les daba la razón: Inglaterra había vencido a la teocrática España y en América sus hijos habían vencido a los

hijos de ésta. Norteamérica se había encontrado con un pueblo débil. Y de esta debilidad nadie era culpable, eran defectos raciales. Los mexicanos en lugar de organizarse no habían hecho otra cosa, desde su independencia, que matarse los unos a los otros por ideas que no eran sino palabras y por los caudillos que decían encarnar estas ideas. De aquí la necesidad de arrancar desde sus raíces esta mala índole heredada por los mexicanos.

El instrumento que mejor podría realizar este cambio de la índole de los mexicanos sería la educación. Para ello era menester encontrar una doctrina, una ideología, un instrumental de pensamiento, que realizase tal cambio. La doctrina positiva iba a presentarse como el instrumento adecuado. El positivismo era la doctrina de los hombres prácticos, la de los hombres que como los sajones habían hecho de sus países grandes pueblos. Esta doctrina dotaría a los mexicanos de aquellas cualidades sin las cuales no es posible la auténtica libertad y democracia. Uno de los defensores de esta doctrina, Telesforo García, decía: "En el país donde el positivismo arraiga en el carácter nacional, donde tiene su teatro propio, donde el método experimental se aplica a todas las manifestaciones de la vida, en Inglaterra, en fin, es donde está más segura la libertad y mejor garantizado el derecho." Todo lo contrario de los países donde imperan filosofías metafísicas o idealismos absolutistas, como en "Alemania, cuna de todos los idealismos absolutos; Francia, madre de todos los derechos absolutos; España, Italia y las demás naciones que se han amamantado a la ubre de esas bellezas . . . , han sido víctimas de toda clase de tiranías, no obstante los sacerdotes que a nombre de lo absoluto queman en unas partes y guillotinan en otras". Pueblos positivistas y prácticos como Inglaterra y los Estados Unidos han sabido cuidar de sus libertades, mientras que pueblos metafísicos como Alemania, Francia y España en nombre de la libertad, tomada metafísicamente, la han hecho imposible.

El positivismo era también el mejor instrumento para enseñar a los mexicanos a organizarse mental y socialmente. Del orden establecido en la mente de los mexicanos dependía el orden social que tanta falta les hacía. De aquí que doctrinas o sistemas filosóficos que buscasen su apoyo en un mundo fuera de lo positivo, fuesen considerados inadecuados para esta mente. ¿Cómo vamos a regenerarnos, preguntaba Telesforo García, si incrementamos los defectos de nuestra raza, los defectos del genio latino, haciéndolo desbordarse en vez de ponerles un dique racionalmente levantado? Los latinos tenemos un espíritu "eminente soñador, emi-

nementemente místico”, por lo cual resulta absurdo que “en vez de disciplinar el entendimiento con métodos científicos muy severos, en vez de guiar la actividad hacia fines positivos, bien marcados, se busque la contemplación, se solicite la fantasía, se halaguen los ensueños y se enerve el trabajo que ha de poner sobre las sienes del hombre la corona del rey de la naturaleza”.

“Pudiéramos decir —continuaba explicando nuestro positivista— que en la historia la raza latina aparece como una raza sintética y la raza sajona como una raza analítica. Esta para completarse tiene que buscar las grandes síntesis; aquélla los grandes análisis.” Los mexicanos, como miembros de la familia de raza latina, necesitaban así completarse con las cualidades propias de la raza sajona: el sentido práctico de la vida, y la capacidad de trabajo material. Pero para lograr esto, para que lleguemos a ser “muy investigadores, muy experimentalistas, muy prácticos”, es menester que “adoptemos métodos y enseñanzas que persigan estos fines”, en vez de adoptar métodos y sistemas que incrementen nuestros defectos de raza en vez de reducirlos, ya que cualidades como las que pueden despertar sistemas educativos sobre bases metafísicas, “las hemos recibido de la naturaleza en plétórica abundancia”.

Justo Sierra (1848-1912), uno de los más grandes educadores de México, hace aún más patente la necesidad de que los mexicanos se transformen mental y socialmente si es que quieren sobrevivir en esa lucha por la vida en la que, conforme a la teoría de Darwin, sólo sobreviven los más fuertes. Era menester pasar de la *era militar*, la era de las revoluciones, de las continuas guerras intestinas, a la *era industrial*, la era del trabajo, del máximo esfuerzo personal. Y era menester pasar “aceleradamente, porque el gigante que crecía a nuestro lado y que cada vez se aproximaba más a nosotros, a consecuencia del auge fabril y agrícola de sus estados fronterizos y el incremento de sus vías férreas, tendía a absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles”. La historia había hablado ya unos años antes. México había sido vencido por el país del Norte; pero no por la superioridad de las armas, sino por la superioridad de la organización mental y social que habían recibido los norteamericanos. En vano los hombres del partido liberal se habían esforzado por dar al pueblo mexicano una educación u organización progresistas; los viejos intereses del clero y la milicia heredados de la Colonia fueron más fuertes y se opusieron al progreso. Fueron estos mismos intereses los que derrotaron

LA FILOSOFÍA MEXICANA EN EL SIGLO XIX

a México y no las armas del Norte. De aquí que al término de esta lucha el partido innovador se propusiera resueltamente realizar un programa que pusiese fin a tal situación. Este programa fué, dice Sierra, "instruir al pueblo con absoluta independencia de la Iglesia, colonizar al país rompiendo las barreras de la intolerancia religiosa, desestacando toda propiedad raíz amortizada por el clero". Sólo así se podría alcanzar y formar lo que tanta falta había hecho por encontrarse ausente en la guerra con el país del Norte: una conciencia nacional.

Esta fué la obra que pretendió realizar una generación que se hizo cargo de los destinos de México entre los años de 1880 y 1910. Esta generación trató de establecer el orden en la conciencia de los mexicanos y el orden en la organización social de éstos. Establecieron un nuevo tipo de educación nacional y trataron de establecer un nuevo tipo de orden social. La Ciencia pretendió ser la base de los dos órdenes: el positivismo fué el instrumento para el orden mental, el Porfirismo para el orden social.

III. Libertad y orden social

En 1878, recién llegado el general Porfirio Díaz al poder mediante una revolución contra el presidente Sebastián Lerdo de Tejada, surge en la capital mexicana un nuevo grupo político que deja oír su voz en un periódico titulado *La Libertad*. Este periódico lleva como lema el del positivismo comtiano: "Orden y Progreso". Varios de sus redactores han sido discípulos de Gabino Barreda (1818-1881) introductor del positivismo en México y realizador de la reforma educativa que apoyándose en la misma doctrina filosófica hiciera por encargo del Gobierno de Benito Juárez en 1867.

Este nuevo grupo empieza a agitar la opinión pública en torno a una idea, la del *orden*. Pero, al decir de los redactores de *La Libertad*, se habla de un nuevo tipo de orden que nada tiene que ver con el sentimiento de orden heredado de la Colonia y defendido por los grupos conservadores. Este grupo también se autotitula conservador; pero conservador-liberal. Nuestra meta, dicen, es la libertad; pero nuestros métodos son conservadores. Se llaman conservadores porque son opuestos a los métodos revo-

lucionarios para alcanzar la libertad. Esta, dicen, se alcanza por el camino de la evolución, no el de la revolución.

Ahora bien, lo urgente, lo inmediato, la base sobre la cual será posible alcanzar la ansiada libertad, es el orden. Esto es lo que no han podido entender los liberales, dicen. Han querido dar al pueblo libertades para las cuales no estaba preparado: el resultado ha sido la anarquía. Primero es menester educar, establecer en la mente el conocimiento de la libertad y de las obligaciones que esta lleva consigo. Mientras los mexicanos no tengan este conocimiento: serán inútiles todas las leyes y constituciones que pretendan establecer la libertad por simple decreto. Esta pretensión es una simple utopía, fruto de ese espíritu tan ajeno a lo práctico de los mexicanos.

Pero al fin ha surgido un grupo con un sentido práctico de la vida, educado en los métodos de la ciencia positiva. Este grupo se encargará de establecer, en el futuro, un auténtico gobierno democrático sobre la base de una verdadera libertad social. Pero mientras tanto, mientras tal cosa llegaba a ser posible, era menester establecer el orden social al costo que fuese. Era menester acabar con la ya permanente anarquía, con las continuas revoluciones o cuartelazos. La Constitución liberal de 1857, era uno de los obstáculos para este orden: había sido hecha por hombres con mentalidad utópica para un pueblo utópico, ya que no existía.

Lo más indignante, decía Francisco G. Cósmes, uno de los redactores de *La Libertad*, es que todavía existan hombres con una mentalidad tan atrasada que aún crean en las ideas sostenidas por los legisladores del 57, "después de medio siglo de constante batallar por un ideal que una vez realizado no ha producido sino consecuencias funestas para el país. "Causa profunda tristeza, en verdad, el ver que sangrando aún las atroces heridas que las revoluciones y la guerra civil han hecho a la República Mexicana, todavía el ideal revolucionario encuentre quien lo defiende entre nosotros." Y Justo Sierra, que fuera director de este periódico, dice; haciendo una crítica a los mismos constituyentes: "Nuestra ley fundamental, hecha por hombres de raza latina, que creen que una cosa es cierta y realizable desde el momento en que es lógica; que tienden a humanizar bruscamente y por la violencia cualquier ideal, que pasan en un día del dominio de lo absoluto al de lo relativo, sin transiciones, sin matices y queriendo obligar a los pueblos a practicar lo que sólo resulta verdad en las regiones de la razón pura; estos hombres, quizá nos-

otros somos de ellos, que confunden el cielo con la tierra, nos hicieron un código de alianza elevado y noble, pero en el que todo tiende a la diferenciación, a la autonomía individual llevada a su máximo, es decir, al grado en que parece cesar la acción de los deberes sociales, y todo se convierte en derechos individuales.”

Al liberalismo utópico y anárquico había que oponer un liberalismo realista y de orden: un conservadurismo liberal. Deseamos, decía Justo Sierra, “la formación de un gran partido conservador, compuesto con todos los elementos de orden que tengan en nuestro país la aptitud suficiente para surgir a la vida pública”. “No tenemos por bandera una persona sino una idea. Tendemos a agrupar en torno suyo a todos los que piensen que ha pasado ya para nuestro país la época de querer realizar sus aspiraciones por la violencia revolucionaria, a todos los que creen llegado ya el momento definitivo de organizar un partido más amigo de la *libertad práctica* que de la libertad declamada, y convencido profundamente de que el progreso positivo estriba en el desarrollo normal de una sociedad, es decir, en el orden.”

“No tenemos por bandera una persona sino una idea”, en estas palabras se encerraba el ideal del nuevo orden. Un orden cuya fuerza no dependiese de la voluntad de un caudillo. Un orden impersonal, derivado de las propias mentes de los mexicanos. Pero este orden resultaba, al menos por el momento, una utopía más. Había que educar al pueblo para el orden; pero antes era menester establecerlo. El problema parecía insoluble: se quería abandonar el orden que dependiese de la voluntad personal de un caudillo; pero se necesitaba también de alguien, con suficiente prestigio personal, que estableciese las bases de tal orden. Este alguien no podía ser tomado sino como un instrumento, como algo transitorio, mientras los mexicanos adquirirían los hábitos mentales para un orden autónomo, esto es, ajeno a cualquier fuerza que les fuese exterior.

Por lo pronto era menester limitar las libertades cuyo utopismo era evidente. Era menester llevar la confianza al país, único camino para que este iniciase su etapa de regeneración. “¡Derechos —exclamaba Francisco G. Cósmes— la sociedad los rechaza ya: lo que quiere es pan. En lugar de esas constituciones llenas de ideas sublimes, que ni un solo instante hemos visto realizadas en la práctica... prefiere la paz a cuyo abrigo poder trabajar tranquilo, alguna seguridad en sus intereses, y saber que las autoridades, en vez de lanzarse a la caza, al vuelo del ideal, ahorcan

a los plagiarios, a los ladrones y a los revolucionarios!" "Menos derechos y menos libertades, a cambio de mayor orden y paz!" "No más utopías... Quiero orden y paz, aún cuando sea a costa de todos los derechos que tan caro me cuestan." "Es más —sigue diciendo el articulista— no está distante el día en que la Nación diga: Quiero orden y paz aun a costa de mi independencia."

¿Cómo alcanzar este orden y paz que con tanta urgencia se pedían? No por medio de la arbitrariedad, decían; no por medio de gobiernos personalistas que tan nefastos han sido para la Nación. "Nada hay más odioso —dice un editorial de *La Libertad*—, ni más contrario al progreso, para nosotros, que el dominio de uno o de más hombres sin regla fija. Esto es lo que pensamos de la dictadura." Sin embargo, la realidad mexicana ha dado origen a las dictaduras, a las tiranías. Para acabar con ellas es menester transformar dicha realidad; pero mientras tanto hay que contar con ella. Para "acabar con la dictadura de hecho... es preciso dar con una constitución practicable"; pero como tal cosa resulta impracticable en las circunstancias actuales, "nos contentamos con pedir para estos momentos extraordinarios, autorizaciones extraordinarias". Y Francisco G. Cósmes nos dice en otro de sus artículos: "Ya hemos realizado infinidad de derechos que no producen más que miseria y malestar a la sociedad. Ahora vamos a ensayar un poco de *tiranía honrada*, a ver qué efectos produce." Esta tiranía honrada iba a ser la del general Porfirio Díaz.

IV. Mora y el liberalismo mexicano

Desde el punto de vista social, ¿qué fuerzas representa este grupo que aspiraba a una tiranía honrada para regenerar socialmente a México? Este grupo se dará a sí mismo el nombre de "burguesía", formado por la "clase media de los Estados". "La burguesía —dice Justo Sierra— dió oficiales, generales, periodistas, tribunos, ministros mártires y vencedores de la misma causa." Este nuevo grupo social sueña desde su nacimiento con realizar en Hispanoamérica lo que la gran burguesía ha realizado en Europa y los Estados Unidos. Y es, precisamente, la burguesía estadounidense e inglesa la que mayores muestras ha dado de su poderío, de aquí que se le presente como el mejor de los modelos. Este grupo, tanto en México como en la mayoría de los países hispanoamericanos, pretende, antes de dar

cualquier otro paso, cambiar la mentalidad de sus pueblos de acuerdo con lo que consideran su mejor modelo. Sarmiento y Alberdi aspiran a constituir una burguesía argentina, como Lastarria una chilena y Barreda y Sierra una mexicana. Es este mismo grupo el que se encuentra inconforme con los ya clásicos partidos políticos de sus respectivos países que sólo aspiran a establecer una determinada constitución política. Ni unitarios ni Federales, ni pelucones ni pipiolos, ni centralistas ni fedederalistas. Aspiraban a algo más que un cambio político, a un cambio de conciencias.

En México, el primero de los teóricos de esta "burguesía" lo fué José María Luis Mora (1794-1850). Sus apoyos teóricos los encontró en la filosofía utilitarista de Jeremías Bentham y James Mill, así como en la de los ideólogos Pierre Jean George Cabanis y Destutt de Tracy, junto con algunas ideas del tradicionalista Benjamín Constant. De estas, la más poderosa influencia fué la del utilitarismo inglés. Mora ha vivido una de las etapas más importantes, pero también más violentas de la historia de México: la de la independencia junto con las luchas intestinas que le siguieron. Ha vivido el México luchando por su independencia política y el México dividido en facciones que se disputan el derecho a ese poder.

Detrás de esas facciones se encuentran los intereses de cuerpo, los intereses de determinados grupos que aspiran a mantener sus privilegios. Para estos grupos el Estado, el poder político, no es otra cosa que un instrumento al servicio de sus limitados y personales intereses. La revolución de independencia había destruído un poder que sólo se había preocupado por mantener los privilegios de España y de los españoles, pero había dado origen a otro poder con designios igualmente limitados. "La revolución de independencia —decía Mora— fué un disolvente universal y eficaz, que acabó no sólo con las distinciones de castas, sino con las antiguas filia-ciones, privilegios nobiliarios y notas infamantes", pero; "la independencia proclamada por los pretextos sacerdotes, aumentó el poder del clero, y la independencia disputada y obtenida en sus resultados más visibles por la fuerza material, creó el predominio de la milicia y el hábito de considerar como únicos poderes la fuerza brutal y las aspiraciones sacerdotales". De hecho no se obtenía otra cosa que un cambio de privilegiados: los intereses españoles eran substituídos por los intereses del clero y los de la milicia. El pueblo que había luchado por la libertad; "no para variar de señor, sino para sacudirse de la servidumbre", había adelantado muy poco al sacudirse de un extraño para "caer bajo el poder de un señor doméstico".

Ahora bien, gobiernos que sólo se preocupan por defender los intereses de cuerpo que representan, o gobernantes que sólo quieren hacer del gobierno un instrumento al servicio de sus intereses, no pueden conducir sino al caos. Las revoluciones tendrán que ser incesantes, tantas como grupos estén interesados en el poder para obtener o sostener sus limitados privilegios. Mora considera necesario eliminar estos intereses por otros caminos que los aparten del poder público. Este poder no debe ser otra cosa que un instrumento al servicio de los intereses de la sociedad. El interés personal o de grupo debe orientarse hacia otros caminos. Estos caminos los señalaban ya las cada vez más poderosas burguesías de Inglaterra y los Estados Unidos. Este era el verdadero camino que conducía al *progreso* y a la *libertad*. ¿En qué consistía este camino? Mora lo señala en la siguiente frase: "El trabajo, la industria y la riqueza son los que hacen a los hombres verdadera y sólidamente virtuosos; ellos, poniéndolos en absoluta independencia de los demás, forman aquella firmeza y noble valor de los caracteres, que resisten al opresor y hacen ilusorios todos los conatos de seducción. El que está acostumbrado a vivir y sostenerse sin necesidad de abatirse ante el poder, ni mendigar de él su subsistencia, es seguro que jamás se prestará a secundar sus miras torcidas ni proyectos de desorganización ni tiranía." Esto es, el día en que los mexicanos dejen de ver en el poder público un instrumento para subsistir, ese día éstos obtendrán su auténtica independencia. No será ya un simple cambio de señor en el poder. El auténtico poder lo tendrá cada mexicano en sus manos; y éstos serán tan poderosos como poderosa sea su capacidad de trabajo. El Estado no será ya otra cosa que un guardián de los frutos que haya obtenido con ese su trabajo personal. El clero y la milicia no serán ya más explotadores del poder público, sino lo que deben ser: servidores de la sociedad. "Desterremos —dice Mora— . . . el error de que una forma de gobierno es un talismán a que va vinculada la prosperidad de los imperios. Substituyamos esa falsa idea con la verdad de que se mejora la suerte de los hombres propagando la moral y la *industria*."

¿Cómo se va a realizar esta transformación en la mente de los mexicanos? Mora contesta: "Por medio de la educación. Es menester realizar una nueva revolución; pero ya no una revolución armada, sino una revolución mental. Si la nueva clase, que ya se perfila en los primeros años que han seguido a la Independencia, quiere que sus reformas sean permanentes tendrá que tomar este camino." "Es preciso —dice Mora—,

LA FILOSOFÍA MEXICANA EN EL SIGLO XIX

para la estabilidad de una reforma, que sea gradual y caracterizada por *revoluciones mentales* que se extiendan a la sociedad y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino las de toda la masa del pueblo.”

En 1837, José María Luis Mora se anticipaba a los positivistas mexicanos en su afán por formar, de acuerdo con una nueva doctrina filosófica, la mentalidad de una nueva clase social que se hiciese cargo del poder y realizase los ideales de esa “clase media” o “burguesía” de que hablara Justo Sierra. Necesitamos una educación, dice Mora, que prepare “los elementos de una *clase media*, que quedará formada en la próxima generación, y que tanta falta hace en la presente”. La nueva educación deberá ofrecer conocimientos que no sean simples adornos del entendimiento sino susceptibles de resultados *prácticos*. Debe “crear en los jóvenes el *espíritu de investigación y de duda* que conduce siempre y aproxima, más o menos, el entendimiento a la verdad”. En 1833, dice Mora, “los hombres *positivos* fueron llamados a ejecutar las reformas especialmente de la educación”, porque la antigua educación falseaba y destruía “todas las convicciones que constituyen a un *hombre positivo*”. El, Mora, perteneció a ese grupo de “hombres positivos” que trataron de realizar las reformas; pero sin lograrlo. Una larga guerra civil se lo impidió. Las “fuerzas del retroceso” se opusieron tenazmente a las del “progreso”. Fue menester destruir por las armas a estas fuerzas y expulsar a sus aliados, las fuerzas francesas de Napoleón III, para que pudiese ser realizado el ideal educativo de Mora y la formación de la nueva clase. Esta sería la obra de los positivistas mexicanos y el porfirismo.

V. Barreda y el positivismo

En 1867, el grupo que, según relata Sierra, “era una minoría al día siguiente de la invasión americana”, y se había convertido en “la mayoría del país la víspera de la invasión francesa”, triunfaba definitivamente. En el Cerro de las Campanas el iluso emperador Maximiliano pagaba con su vida la traición de aquel clero y la milicia de que hablaba Mora, y la ambición de Napoleón el pequeño. Ese mismo año, en la ciudad de Guanajuato, el médico y juriconsulto Gabino Barreda (1818-1881) pronunciaba una *Oración Cívica* en la que se hacía una interpretación de la

Historia de México. En ella se hablaba de tres grandes etapas de la misma: la teología, la metafísica y la positiva. La primera estaba representada por la época colonial, la segunda por la guerra de independencia y la guerra contra los representantes del *retroceso* en México; la última era la que se iniciaba con el triunfo de los reformistas. En México, decía Barreda, el espíritu positivo que había vencido en Europa ganaba su última batalla. Este no era sólo un triunfo de México, sino de la Humanidad.

Barreda, entre los años de 1849 y 1851, había seguido varios cursos con Comte en París, a donde había ido para terminar la carrera de medicina. A su regreso a México se puso del lado de las fuerzas reformistas. En esa Oración Cívica de que se habla aplicó a la historia de México la interpretación positivista. Sin embargo, la divisa Amor, Orden y Progreso, es alterada por la de Libertad, Orden y Progreso. Con ello se daba satisfacción a una realidad propia de México: El partido triunfante, el partido del progreso, se llamaba a sí mismo *liberal*. El gran problema de Barreda y sus discípulos será el tratar de poner en concordancia términos tan opuestos como el de *Orden y Libertad*. Pronto entrarán en pugna liberales y positivistas en torno a lo que cada uno de estos grupos entendía por libertad.

Poco tiempo después de pronunciada la Oración Cívica, el mismo año, el Presidente de la República y jefe del Partido triunfante, Benito Juárez, hacía llamar a Gabino Barreda para encargarle la reforma educativa de la Nación. Dicha reforma debería hacer realidad el viejo sueño de José María Luis Mora. Era menester preparar a la nueva generación que en el futuro conduciría los destinos de la Nación. Gabino Barreda tenía como misión la de transformar la mente de los mexicanos. La transformación debería ser radical. Era menester arrancar de éstos todo lo que *había sido fuente de sus continuos desórdenes*. Juárez, dice Justo Sierra, comprendió que las burguesías en que forzosamente se reclutaría la dirección política y social del país, por la estructura misma de la sociedad moderna, necesitaban realmente de una educación preparadora del porvenir". La revolución que había vencido con las armas se transformaba, para estabilizar sus reformas, en *revolución mental*. Se daba un paso más en la independencia de la Nación, lo que Gabino Barreda ha llamado la "emancipación mental". A esta tarea se consagró el educador mexicano. De las escuelas por él reformadas, de sus propias aulas, saldrían los jóvenes que iban a encarrilar al país por nuevas rutas. Una experiencia, cuyos resultados importan no sólo

a la historia de México, sino también a la historia general de la Cultura, se iniciaba.

La etapa de la revolución armada había terminado, se iniciaba la de la revolución mental. El orden al servicio de determinados y limitados cuerpos sociales había sido destruído; se empezaba la creación de un nuevo orden. Este debía de ser como ya lo había pensado Mora, un orden al servicio de toda la sociedad. El viejo orden se había apoyado en la *violencia corporal* y en la *violencia mental*, realizadas respectivamente por la milicia y el clero. El nuevo orden se apoyaría en el *convencimiento mental*. Mora había dicho: "Los efectos de la fuerza son rápidos, pero pasajeros, los de la persuasión son lentos, pero seguros." Libremente, sin violencias, por convencimiento, los mexicanos establecerían un auténtico orden. Un orden constructivo y progresista. Este sería un orden de acuerdo con la libertad. *Libremente* los mexicanos convencidos de sus deberes sociales establecerían el orden que correspondía a los mismos.

El Estado fué presentado por Barreda como el "guardián del orden material". Este era el orden social, aquel en el cual los derechos de un individuo quedan limitados por los derechos de los demás. El respeto a los derechos de los demás era la mejor garantía de respeto para los propios derechos. Este conocimiento, y no otro, era la mejor garantía de orden y de paz. Ya Juárez había expresado esta idea al decir: "El respeto al derecho ajeno es la paz." El orden estaría así en la mente por un lógico convencimiento. Respetado este orden, que el estado se encargaría de señalar por medio de leyes, el individuo quedaba en absoluta libertad. Ninguna fuerza podría hacer violencia en este ámbito de libertad individual. Este ámbito es, para Barreda, la libertad de conciencia. La misma libertad que permite al individuo reconocer los límites de la libertad material. "Que en lo sucesivo —dice Barreda— una plena libertad de conciencia, una absoluta libertad de exposición y discusión, dando espacio a todas las ideas y campo a todas las inspiraciones, deje esparcir la luz por todas partes y haga innecesaria e imposible toda conmoción que no sea puramente espiritual, toda revolución que no sea meramente intelectual." Esta libertad la garantizaría el orden material aceptado por convencimiento y protegido por el Estado; "Que el orden material conservado a todo trance por los gobernantes y respetado por los gobernados, sea garante cierto y el modo seguro de caminar siempre por el sendero florido del progreso y de la civilización".

Con esta idea sobre el "orden material" se atacaba otra de las fuentes del desorden que también había señalado Mora: la del gobierno como instrumento al servicio de determinados privilegios. El gobierno no era otra cosa que *guardián del orden social*; los privilegios pertenecían a otra esfera: la individual. En esta esfera el individuo era plenamente libre. "Sus derechos, mostrarán después los discípulos de Barreda, llegarán hasta donde lleguen sus capacidades". Pero para alcanzarlos no deberá servirse del Estado. Este no tiene más función que la de cuidar sean respetados. Sin embargo, Barreda se ha formado en el positivismo comtiano, lo cual le hace considerar que algunos privilegios, como el de la riqueza, deben tener ciertos límites sociales. La riqueza, piensa como Comte, es un bien social; pero se aparta de él aceptando la intervención del Estado, lo más que acepta es que se le convenza de que una vez cumplidas sus necesidades reales, el excedente "tienen que cultivarlo y utilizarlo, so *pena de responsabilidad moral*, como una fuerza pública que la sociedad ha puesto en sus manos para el bien y el progreso común". No es menester reglamentar la riqueza, lo que debe hacerse es "humanizar a los ricos".

Gabino Barreda, como después sus discípulos, entrará pronto en polémica con los viejos liberales en torno a la definición de la libertad. Los liberales no habían tardado en darse cuenta de que detrás de las ideas que sobre la libertad y el orden exponían los positivistas, se escudaba un nuevo dogmatismo. Un dogmatismo tan peligroso como el clerical, pues al igual que este trataba de *imponer* mediante una determinada educación, unas determinadas ideas. Esto era contrario a la libertad de conciencia, por la cual los liberales habían luchado en el pasado.

A la idea que sobre la libertad sostenían los liberales mexicanos, opondra Barreda una idea positivista de la misma. "Representátese comúnmente la libertad —dice—, como una facultad de hacer o querer cualquier cosa sin sujeción a ley o fuerza alguna que la dirija; si semejante libertad pudiera haber, ella sería tan inmoral como absurda, porque haría imposible toda disciplina y por consiguiente todo orden." La verdadera libertad no es incompatible con el orden. La libertad, dice, consiste en someterse plenamente a la ley de orden que deba regirla. Algo es *libre* cuando sigue su curso normal y natural, cuando no encuentra obstáculos que lo desvíen apartándolo de su propia ley, de su propio orden. Barreda pone un ejemplo de física diciendo: Cuando se dice que un cuerpo cae *libremente*, no se está hablando de un cuerpo que cae en donde quiere; sino que cae

siguiendo las leyes de la gravedad. En cambio, se dice que este cuerpo no cae libremente si encuentra algún obstáculo que lo desvíe en su caída. Esta es la verdadera libertad: el hombre está limitado por la sociedad que le da sus leyes y su libertad consiste en actuar de acuerdo con ellas”.

VI. *Spencer y la evolución de México*

La generación formada por Gabino Barreda, la de los hombres destinados a conducir los destinos de la Nación por el camino del progreso, se encontraría estrecha en los ámbitos del positivismo comtiano. Este, por más que se hubiere esforzado Barreda, no justificaba la libertad que más podía interesar a una futura burguesía: la libertad de enriquecimiento, sin más límites que las propias capacidades. El comtismo subordinaba al individuo a la sociedad en todos los campos de lo material. Este era el sentido de su *sociocracia* y de su Religión de la Humanidad. La Política y la Religión comtianas no habían sido aceptadas por los positivistas mexicanos, como lo habían sido por los brasileños y un grupo de los chilenos, porque eran contrarias a los fines por los cuales se había adoptado el resto de esta filosofía. Estos fines ya los conocemos: la formación de una burguesía semejante a la inglesa y norteamericana.

Los teóricos de la burguesía mexicana encontrarían bien pronto la teoría que guiase y justificase sus acciones. Dicha teoría la ofrecieron los positivistas ingleses: John Stuart Mill y Herbert Spencer, muy especialmente el último; y al lado de ellos el evolucionismo de Charles Darwin. Este pareció ser el camino acertado y el que mejor coincidía con las ideas sostenidas por el primero de los teóricos de la burguesía mexicana: José María Luis Mora. En el fondo Mill y Spencer no habían hecho otra cosa que desarrollar las ideas que ya se encontraban en Adam Smith, Bentham y James Mill. Todos ellos, en su conjunto, no eran otra cosa que expresión de ese espíritu práctico que tanto se admiraba. Eran estas doctrinas las que mejor convenían para la educación de los mexicanos. El positivismo inglés sí que no era contrario a la idea de libertad, como se quejaban los liberales mexicanos. Allí estaban como grandes ejemplos los regímenes liberales de Inglaterra y los Estados Unidos. Allí estaba Spencer enfrentándose al Estado coercitivo y Mill defendiendo la libertad individual. En ambos el Estado no era sino lo que quería Mora, un instrumento de protec-

ción de todos y cada uno de los individuos que componen la sociedad; instrumento que llegaría a ser inútil cuando la mente de los individuos evolucionando en forma tal que haga innecesaria la coerción estatal para que no se afecten intereses de segundas personas.

Y aquí entroncamos con aquel grupo de jóvenes positivistas que desde las páginas de *La Libertad* piden un nuevo orden y una *tiranía honrada* como remedio extraordinario. Este grupo no seguía ya, como su maestro Barreda, a Comte, sino a Mill y Spencer. ¿Cómo podrían entonces justificar ideas tan contrarias a las doctrinas de estos pensadores? La principal justificación la encontraban en la idea de *evolución* spenceriana. “Es para mí fuera de duda —dice Justo Sierra desde las páginas del periódico citado— que la sociedad es un organismo, que aunque distinto de los demás, por lo que Spencer le llama un *superorganismo*, tiene sus analogías innegables con todos los organismos vivos.” “La sociedad, como todo organismo vivo, está sujeto a las leyes necesarias de la evolución” las cuales “en su parte esencial consisten en un doble movimiento de integración y de diferenciación, en una marcha de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo incoherente a lo coherente, de lo indefinido a lo definido. Es decir que en todo cuerpo que en todo organismo, a medida que se unifica o se integra más, sus partes más se diferencian, más se especializan, y en este doble movimiento consiste el perfeccionamiento del organismo, lo que en las sociedades se llama progreso”.

No se niega así la idea que sobre la libertad sostienen los liberales mexicanos, lo que se niega, apoyándose en los *Principios de Sociología* de Spencer, es que la sociedad mexicana haya alcanzado el alto grado de progreso que es menester para alcanzar dicha libertad. No piensan, como los comtianos, que este tipo de libertad pertenezca a una etapa de transición metafísica; sino que la consideran como la meta por alcanzar. No es algo que ha pasado, sino algo que vendrá. Pero para que tal cosa suceda es menester que antes la sociedad mexicana evolucione lo que es necesario. Por ésto los nuevos conservadores se oponen a la Constitución liberal de 1857 considerándola utópica, esto es, fuera de tiempo. Semejantes constituciones son buenas para países como los Estados Unidos e Inglaterra dado el alto grado de progreso a que han llegado, pero no para México que se encuentra en una etapa de progreso inferior. “¿No es un contrasentido —preguntan— levantar un edificio gigantesco sobre un terreno fangoso, sin abrir antes cimientos sólidos?”

LA FILOSOFIA MEXICANA EN EL SIGLO XIX

Lo primero que debería hacer una buena constitución mexicana, dicen, sería atender al adelanto material del país. Las libertades son inútiles en países materialmente atrasados. Alcanzando esto la libertad se dará por sí sola, por natural evolución. "El día que podamos decir: la carta fundamental nos ha producido un millón de colonos, habremos encontrado la Constitución que nos conviene; ya no será una frase en los labios, será el arado en las manos, la locomotora en los caminos y el dinero en todas partes." La libertad ideal ya llegará. "Preferimos un progreso normal y lento a precipitar las cosas por la violencia." Estos hombres son partidarios del progreso por el camino de la *evolución* y no por el de la revolución.

Lo urgente, lo inmediato, es fortalecer a la sociedad, integrarla, homogeneizarla. Porque en la medida en que más se unifique o se integre, sus partes, los individuos, más se irán diferenciando y definiendo. En la medida en que el orden social sea más permanente, la libertad individual será más permanente. Hasta esta época, piensan nuestros positivistas, México ha sido un país sin orden; por ende un país que no ha cumplido con la ley de progreso señalada por Spencer, No es posible pasar de la anarquía a la verdadera libertad; antes es menester pasar por una etapa de orden.

Ahora resulta natural, y de acuerdo con el positivismo inglés, pedir un Estado fuerte que establezca el orden que tan necesario es para el progreso de México. Ahora resulta muy natural, dice Justo Sierra, el "pedir para un pueblo que, sus elementos heterogéneos y aislados, está en pésimas condiciones de vida, la vigorización de un centro que sirva para aumentar la fuerza de cohesión, porque de lo contrario la incoherencia se pronunciaría cada día más y el organismo no se integrará, y esta sociedad será un aborto". El desorden, sigue diciendo Sierra, hace de la nación mexicana uno de los organismos sociales más débiles, más inermes de los que viven dentro de la órbita de la civilización". Mientras México va destruyéndose, "junto a nosotros vive un maravilloso animal colectivo, para cuyo enorme intestino no hay alimentación suficiente, armado para devorarnos". Frente a este coloso estamos expuestos "a ser una prueba de la teoría de Darwin, y en la lucha por la existencia, tenemos contra nosotros todas las probabilidades".

VII. *La generación de los científicos*

La *evolución política*, la de la libertad en este campo, será sacrificada en aras de lo que llamaba Sierra la *evolución social*. Esto es, en aras de la organización social de los mexicanos, imprescindible para alcanzar la evolución de la primera. Desarraigar los hábitos de desorden en la mente de los mexicanos era tarea muy difícil. "Desgraciadamente —decía Sierra—, esos hábitos congénitos del mexicano han llegado a ser mil veces más difíciles de desarraigar que la dominación y la de las clases privilegiadas por ella constituidas. Sólo el cambio total de las condiciones del trabajo y del pensamiento en México podrán realizar tamaña transformación." Sólo un Estado fuerte podría realizar esta transformación. El día en que un grupo o un partido lograra mantenerse organizado, ese día la evolución continuaría su marcha. "Y el hombre, necesario en las democracias más que en las aristocracias, vendría luego; la función crearía un órgano." Todo el poder político y con él la libertad respectiva serían cedidos a un hombre fuerte, al general Porfirio Díaz. "Para que el Presidente —sigue diciendo Sierra— pudiera llevar a cabo la gran tarea que se imponía, necesitaba una máxima suma de autoridad entre las manos, no sólo de autoridad legal, sino de *autoridad política* que le permitiera asumir la dirección efectiva de los cuerpos políticos: cámaras legisladoras y gobiernos de los Estados; de *autoridad social*, constituyéndose en supremo *juez de paz* de la sociedad mexicana con el asentimiento general...; y de *autoridad moral*." Pero todas estas delegaciones, abdicaciones, de poder en un hombre tenían que ser compensadas por la acción del Estado, todos los próceres de la independencia mental de los hispanoamericanos: la educación. "Educar —dice Sierra— quiere decir fortificar; la libertad, médula de leones, sólo lo ha sido, individual y colectivamente, el patrimonio de los fuertes. Toda la evolución social mexicana habrá sido abortiva y frustránea si no llega a ese fin total: la Libertad".

El 26 de noviembre de 1876 el general Porfirio Díaz, que se había levantado en armas contra el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada al grito de "no reelección", era nombrado presidente interino después del triunfo de sus tropas. El 6 de diciembre del mismo año cede el poder al general Méndez; pero lo vuelve a tomar, con carácter provisional el 16 de febrero de 1877. El 25 de septiembre de 1880, con su venia fué elegido

el general Manuel González; pero en 1884 Díaz volverá definitivamente a la presidencia en donde permanecería hasta el 25 de mayo de 1911, al triunfar la Revolución Mexicana en torno a su persona se agruparon todas las fuerzas políticas del país. Su figura simbolizó el orden y la paz por la que tanto clamaron los hombres educados en el positivismo. Una gran euforia materialista, cada vez más deshumanizada, se fué apoderando de la generación que le prestó su apoyo: Industria, dinero, ferrocarriles, más dinero. El ideal de Mora parecía haberse realizado: una nueva clase, una burguesía, parecía llevar los destinos del país. El triunfo del progreso pareció ser una realidad; la evolución social parecía marchar a pasos agigantados; pero en esta euforia iban olvidando aquello para lo cual se había establecido el orden: la Libertad. Se conformarían con un tipo de libertad muy especial: la libertad de enriquecimiento. Libertad en la cual no todas las clases podrían participar. La falta de la auténtica libertad, presentía ya Sierra, habría de hacer abortar lo que en el terreno de la evolución social se había logrado.

Este nuevo tipo de mexicanos se describía a sí mismo comparándose con la generación que le había antecedido: la de los liberales. "Nos tachan —decían— nuestra falta de creencias, nuestro positivismo, nuestro mal encubierto desprecio hacia las instituciones del pasado". Tal cosa es cierta, pero se debe a la distinta *educación* que han recibido. "Ustedes —dicen refiriéndose a los liberales—, en materia filosófica se nutrieron de Voltaire y Rousseau, con los enciclopedistas, con el *choix de Rapports* de la Revolución francesa, los más avanzados con la alta metafísica de la escuela alemana; mientras nosotros estudiamos lógica en Mill y Bain, filosofía en Comte y Spencer, ciencia en Huxley, Tyndall, Virchow y Helmholtz." Tan diferente educación tenía que formar hombres distintos: "Ustedes —siguen diciendo— salían de las aulas ebrios de entusiasmo por las grandes ideas del 89, y citando a Dantón y a los girondinos, se lanzaban a las montañas para combatir al clero, para consolidar las reformas, para derribar a los reaccionarios, para calcar nuestras leyes sobre bellas utopías que entonces servían de moneda corriente en las transacciones filosóficas." En cambio "nosotros, menos entusiastas, más escépticos, tal vez más egoístas, buscamos una nueva explicación del binomio de Newton, nos dedicamos a la selección natural, estudiamos con ardor la sociología, nos preocupamos poco de los espacios celestes y mucho de nuestro destino terrenal". "No nos ocupamos de cuestiones que no pueden ser sometidas

das al cartabón de la observación y de la experiencia. La parte del mundo que nos interesa en la que podemos estudiar por medio del telescopio y demás instrumentos de investigación científica." "Nosotros no conocemos la verdad, desde luego a primera vista. Para alcanzarla necesitamos de largos viajes a las regiones de la *ciencia*, de afanosos y constantes trabajos, de laboriosa y paciente investigación."

Esta nueva generación se considera a sí misma como la más indicada para guiar los destinos del país. Sus métodos son seguros, perfectos y precisos. Son los métodos de la Ciencia; los que han aprendido en las nuevas escuelas reformadas por Barreda. Tal método será aplicado en la solución de todos los problemas de México, incluyendo muy especialmente los políticos. En 1881 hablan ya de la "Escuela Científica Política de México". En 1886 han entrado en la Cámara de Diputados varios de los miembros de la nueva generación, entre los cuales se encuentran Justo Sierra, Pablo Macedo, Rosendo Pineda, Francisco Bulnes y Jorge Hammeken Mexia. Todos, salvo el último que muere prematuramente, pondrán su sello al nuevo régimen y a la época a la cual se ha dado el nombre de Porfirismo.

VIII. Orden político y libertad económica

En 1892 el partido político llamado Unión Liberal lanzaba a la Nación un manifiesto. En éste se harían patentes los principios sobre los cuales se apoyaba el régimen porfiriano. Su fin era apoyar una cuarta reelección del general Porfirio Díaz. Para ello era menester presentar un programa que satisficiera a la burguesía mexicana cada vez más poderosa y creciente. En dicho manifiesto se hablaba de analizar "científicamente" la situación social de México. Muy pronto la oposición y la gran masa del pueblo, cuyos derechos políticos habían sido arrebatados, daba a este partido el nombre despectivo e irónico de *Partido de los Científicos*.

El manifiesto citado hablaba, entre otras cosas, de la necesidad de conceder mayores libertades a la sociedad mexicana, dado que ésta parecía haber ya alcanzado un mayor grado de progreso. Las libertades prometidas parecía que iban a realizarse. Hasta ayer había sido necesario conceder al Ejecutivo un mayor poder; pero ahora parecía haber llegado la hora de conceder al pueblo mayores libertades.

LA FILOSOFÍA MEXICANA EN EL SIGLO XIX

Nuestro partido, dice el manifiesto, "está ya en aptitud de imponerse una disciplina racional que le permita ser completamente explícito en la expresión de su voluntad dentro de la fórmula constitucional, y tomar una participación más activa en la dirección de los negocios públicos, marcando los derroteros que conducen a su ideal supremo de la libertad en la permanente conjuración del orden". El nuevo partido se presenta a sí mismo como el heredero de los ideales del viejo partido liberal; pero con una diferencia: la de saber que la libertad no es posible si antes no se ha alcanzado un determinado grado de orden. Ahora bien, este orden parece ser ya una realidad gracias al gobierno de Porfirio Díaz. Establecido el orden la libertad puede dar un paso más.

El partido agrupado en torno al general Díaz considera que la condición para la libertad se ha logrado. "Creemos llegado el momento de iniciar una nueva era en la vida histórica de nuestro partido —dicen—; creemos que la transformación de sus órganos directivos en órganos de gobierno está consumada ya; creemos que así como la paz y el progreso material han realizado este fin, toca a su vez a la actividad política consolidar el orden, tócale demostrar que de hoy en adelante la revuelta y la guerra civil serán un accidente; y la paz basada en el interés y la voluntad de un pueblo con lo normal; para ello es preciso ponerla en la piedra de toque de la libertad." La concesión de mayores libertades va a demostrar si la sociedad mexicana ha alcanzado o no el alto grado de orden que es menester para obtener la libertad.

El nuevo partido político propondrá una serie de libertades para las cuales se considera ya apto al pueblo mexicano. Pero de estas libertades, dice el manifiesto, no es la más importante la libertad electoral. Existen otras libertades más importantes: "La nación desearía que su gobierno se encontrase en aptitud de demostrar que considera la paz actual como un hecho definitivo, reorganizando económicamente algunos ramos de la Administración . . . Desearía que la *libertad de comercio* nacional, por la supresión de las aduanas interiores, llegase a ser un hecho consumado y no una aspiración periódicamente renovada . . . Sólo así la paz habrá penetrado a las futuras generaciones mexicanas, cuyos recursos se han gravado para crear nuestro crédito y nuestros progresos, el modo de soportarlos y aun de *permitirle el ahorro de un capital* trasmutable en mayor bienestar y vigor. En estas condiciones la paz nunca aparecería cara."

¿Qué significan estas palabras? Primero se empieza por hablar de la necesidad de establecer mayores libertades; pero luego se afirma que la menos importante de estas libertades es la *libertad electoral* o política. La libertad que proponen es la libertad de comercio; pero más ampliamente la *libertad económica* que permita el ahorro y la formación de capitales. Lo que se pide es una reducción de las intervenciones del Estado en el campo económico pero no en el campo político. La libertad política bien puede ser sacrificada si a cambio de ella se obtiene lo que hemos llamado *libertad de enriquecimiento*. Libertad, que por supuesto, sólo puede beneficiar a quienes posean bienes susceptibles de ser aumentados. Como se ve no se trata de otorgar la libertad que interesaba a los viejos liberales mexicanos.

Orden político y libertad económica, es el ideal de la burguesía mexicana. El orden político, mantenido por el general Díaz, debería ser puesto al servicio de la libertad económica de la burguesía. Los derechos políticos tenían un carácter secundario, no podían interesar mientras no fuesen un peligro para libertad económica. Este derecho se lo reservan para el caso de que se atentase contra dicha libertad de enriquecimiento. La libertad política, el derecho a elegir gobernantes, puede ser limitada en beneficio de un orden que satisfaga los intereses de la burguesía. Este orden es el representado por el general Díaz, de donde se deduce la necesidad de su reelección.

La burguesía mexicana consideraba que había llegado a su apogeo. Su orden es identificado con el orden nacional. Logrado éste su fruto debería ser la libertad que convenía a sus intereses. Díaz fué el hombre indicado para proteger esta libertad, cuidando de que ninguna otra clase interviniese para estorbarla. La República, dice el manifiesto, "tiene conciencia de ser la causa eficiente de su progreso y su tranquilidad; pero sabe también que un hombre ha coadyuvado, en primer término, a dar forma práctica a las tendencias generales, y este ciudadano es el que la convención ha elegido . . . para ocupar nuevamente la Presidencia.

Ahora bien, siguen diciendo, *si se le reelige por cuarta vez, no es porque sus servicios sean considerados como indispensables, sino porque ya ha dado pruebas de su capacidad para gobernar de acuerdo con los intereses de la Nación. No es indispensable, es útil. La burguesía cedía sus derechos políticos y los del pueblo mexicano porque hasta entonces así había convenido a sus intereses, a sus derechos económicos. Había logrado*

LA FILOSOFIA MEXICANA EN EL SIGLO XIX

hacer de Porfirio Díaz el "tirano honrado" que satisfacía sus intereses. Lo apoyaban y lo apoyarían mientras así fuese. Ya, desde sus inicios, los teóricos de la burguesía mexicana distinguían entre lo que llamaban *dictadura personal* y *dictadura social*. La primera era del tipo de aquellas dictaduras que servían a lo que Mora había llamado intereses de cuerpo, como eran los que servían a la milicia y al clero. La segunda era la dictadura que simplemente se cuidaba de proteger los intereses de la sociedad.

Temerosos de que la dictadura de Dios se convirtiera en dictadura personal o de grupo, de un grupo adicto o cercano al presidente, propondrán en el mismo manifiesto la independencia del Poder Judicial, garantizada por la inamovilidad. También se hablaba de la formación de partidos políticos cuya misión fuese el control de las actividades políticas de la Cámara y una especie de vigilancia del Ejecutivo. En esta forma la burguesía trataba de defenderse de una posible dictadura personal. La dictadura que aceptaban era una dictadura instrumental, dictadura de la burguesía y para la burguesía. El general Díaz no era visto como un engranaje de esa dictadura.

Pero Díaz, hombre de poder, con la misma mentalidad que los educadores del nuevo grupo habían tratado de combatir, no iba a aceptar ser un simple instrumento. El dictador se opuso a las reformas propuestas que significaban límites a su control político. No estaba dispuesto a sostener el orden que convenía a la burguesía mexicana sino a cambio de una entrega total del poder político. Entregaría a éste todas aquellas ventajas económicas que pedía, la libertad económica o de enriquecimiento; pero no dividía el poder político. El control económico del país quedó en manos de la burguesía mexicana. José Ives Limantour, uno de los firmantes del manifiesto, se haría cargo de este control como ministro de Hacienda.

Delegada toda la libertad política de un pueblo, a cambio del control económico de una clase, ¿qué iba a suceder? Justo Sierra, con esa intuición genial que le ha destacado del resto de la generación a la cual perteneció, presentía graves peligros al decir: La nación "ha compuesto el poder de este hombre con una serie de delegaciones, de abdicaciones si se quiere, extralegales, pues pertenecen al orden social, sin que él lo solicite; pero sin que esquivase esta formidable responsabilidad ni un momento; y ¿eso es peligroso? Terriblemente peligroso para el porvenir, porque im-

prime hábitos contrarios al gobierno de sí mismos, sin los cuales puede haber grandes hombres, pero no grandes pueblos. Pero México tiene confianza en ese porvenir, como en su estrella el Presidente; y cree que, realizada sin temor posible de que se altere y desvanezca la condición suprema de la paz, todo vendrá luego, vendrá a su hora. ¡Que no se equivoque! . . .”

IX. Fracaso del positivismo

¿Qué había sucedido? Todo lo contrario de lo que esperaban los pioneros que habían luchado por la formación de un nuevo tipo de mexicano. La educación positivista no había formado hombres semejantes a los que habían hecho de Inglaterra y los Estados Unidos grandes pueblos. El positivismo no era otra cosa que un nuevo instrumento al servicio del mismo apetito de poder y de dominio que había caracterizado siempre a los hispanoamericanos. El absolutismo religioso era cambiado por el absolutismo científico. Y detrás de este absolutismo los mismos intereses de cuerpo contra los que se enfrentaba Mora. Sólo que no eran ya la milicia o el clero los privilegiados, sino un nuevo grupo que se llamaba a sí mismo burguesía mexicana. Grupó cada vez más estrecho por la autoeliminación que dentro de sus filas realizaba. Una pequeña, pero poderosa oligarquía se fué agrupando en torno al dictador que les había entregado la libertad de enriquecerse. Este pequeño grupo fué acaparando todas las riquezas del país. Los hombres de este grupo fueron dando preferencia a sus amigos en la distribución de la prosperidad. Se formaron camarillas a la sombra de los bancos locales para monopolizar todos los beneficios, haciendo del llamado progreso social un mito más. Estos hombres, cada vez más ciegos ante los problemas del país, no se preocuparon sino de sus propios beneficios. Y todo esto pretendió justificarse en nombre de política científica, política positiva.

La evolución social, tan grata a los discípulos de Spencer, detenía su impulso reduciéndolo a la evolución cada vez más creciente de sus riquezas. Los dirigentes políticos y financieros del país consideraban su propia situación como la expresión máxima de progreso. La augusta Ciencia se había convertido en monopolio de este grupo de hombres. A sus métodos difícilmente podía llegar la gran masa del pueblo, por la cual sentían

un olímpico desprecio. El pueblo seguía siendo un menor de edad, al que era menester seguir gobernando con mano dura. Una minoría de edad que ya perpetuada le hacía incapaz para obtener mayores libertades. El snobismo y el lujo se destacaban frente a la miseria corriente. Las clases humildes sentían la falta de todo, mientras los miembros del grupo dominante paseaban o exhibían con insolencia un lujo innecesario. Pero, ¿al menos se había logrado el progreso material que era menester para la formación de una poderosa burguesía? ¿Se había independizado, como quería Mora, a la clase media de sus ligas con el Estado y la burocracia?

No, la principal fuente de los privilegiados siguió siendo el gobierno. Tampoco se logró el progreso material que pudo haber dado origen a una poderosa burguesía. Esta, a pesar de su educación positivista, continuó con la misma mentalidad heredada de la colonia. Su principal fuente de riqueza siguió siendo la misma de la colonia: la explotación del trabajador de la tierra. La estructura social establecida por España siguió siendo la misma: por un lado los grandes terratenientes y por el otro el campesino sin derechos sobre la tierra que trabajaba. Todo se redujo a un cambio político: el terrateniente colonial era substituído por el latifundista porfiriano. Pero aún se agravó más, y esto fué un *progreso* en los métodos de explotación. La maquinaria oficial permitió al latifundista un acaparamiento de tierras superior a cualquiera de los que pudieron haberse realizado en la colonia.

Por lo que se refiere a la industrialización, que de acuerdo con Mora debió ser la fuente del poder de la nueva clase, ésta no se realizó. La burguesía mexicana se conformó con los ingresos que le producían la explotación de tierras que muchas veces ni siquiera conocía, o con los ingresos que la podían venir especulando con la economía del país. En vez de explotar industrias explotó campesinos y al erario público. Las industrias que surgieron fueron obra de la gran burguesía europea, especialmente inglesa y francesa, a la cual el progreso del país le tenía sin cuidado. Nuestra burguesía a lo más que llegó fué a servir de amanuense de estos intereses. Los más brillantes miembros de la generación educada en las ciencias positivas se puso al servicio de los grandes extranjeros. En vez de explotar las riquezas del país las entregó a éstos para su explotación. A pesar de su educación resultaron ser hombres poco prácticos.

En cuanto al orden, que tan caro les era, la realidad demostraría que éste no se había fincado en la mente de los mexicanos. Y no había fincado

porque no era un problema que se podía resolver por medio de un supuesto adiestramiento o gimnasia: la tesis, la función hace al órgano, resultaba ser completamente falsa. Treinta largos años de dictadura no habían logrado imponer el orden maquinal que deseaba. El último medio, ya lo decían Mora, Barreda y Sierra, era el convencimiento, la aceptación del orden porque así convenía a los intereses de toda la Nación. Pero no fué así porque la Nación no estaba convencida de que el orden de que se hablaba era el orden que convenía a sus intereses, sino que tan sólo convenía a un grupo o cuerpo social, que a sí mismo se consideraba como la expresión de todos los intereses nacionales. El progreso de que ellos hablaban no era tampoco el progreso de la Nación.

El descontento, y no el orden, se dejó sentir en la mente de los mexicanos en todos los campos: descontento y repulsa contra una doctrina cuyos resultados prácticos estaban muy lejos de cumplirse; descontento y repulsa contra un régimen que cuidaba de intereses cada vez más estrechos; descontento y repulsa contra una situación social que en nada era diferente de la establecida por la colonia. La nueva generación intelectual se rebelaría contra la educación basada en la filosofía positiva; y el pueblo contra el régimen porfiriano. Al orden que se pretendió fuese permanente sucedió una de las más largas y sangrientas revoluciones. Todo el aparato que se llamó el porfirismo fué destruido por inútil; en su caída arrastró a la doctrina que le había servido de apoyo. Terminaba una gran experiencia realizada sobre un pueblo.

LEOPOLDO ZEA